VOLVER A SOÑAR

Eduardo Javier Chillarón

Image not found.

Capítulo 1

Marcel se dirige lentamente a casa de su hija. Piensa que debería cambiar las facciones de la cara, al menos durante el tiempo que pase con ella, si no lo hace posiblemente se dará cuenta. Una pequeña y desconcertante sonrisa me deja fuera de lugar, pero solo el mínimo instante por el que se extiende la ahogada reflexión, que a duras penas puedo comentar. Piensa que eso realmente no importa, en otro momento de sus vidas lo sería, pero ahora mismo no. A pesar de todo... Veinte años son demasiados como para presentarse con una preocupación. Intenta dibujar en su imaginación el semblante de la chiquilla. El pelo corto o largo, rizado o liso, castaño como su madre o teñido. ¿Habrá crecido mucho? Veinte años son demasiados para hacerse una idea, además, ahora crecen tan rápido... y Marcel no la ha visto crecer. En el cajón de la mesita guarda desde hace unos años un sobre roído y desgastado por el continuo abrir y cerrar al que lo somete a cada momento. Dentro de él descansa sólo una fotografía, el único recuerdo verdadero que posee con su familia. Una vez, mientras deliraba por el dolor y la tristeza, le escuche un comentario que no creo olvidar jamás. Entre lágrimas dijo que aquella foto podría parecer poca cosa para un ignorante. Para él significaba el comienzo del recuerdo, la imagen estampada daba pie a innumerables anécdotas y recuerdos, frases hermosas, miradas, perdones y disculpas aceptadas. Siempre habría el sobre pensando en el momento el cuál el agotamiento le venciera, para poder rezar y pedir que cuando despertase de aquel sueño todo lo que había imaginado disfrutando la fotografía se volviera realidad. Son todas las madrugadas de veinte largos años en las que despierta bruscamente y al estirar el brazo sobre las sábanas de la cama se da cuenta que es verdad todo lo que esta sucediendo. Y si ella no me reconoce, piensa mientras se enjuaga las lágrimas. Los milagros no existen, ¿verdad?

Por fin ha llegado el momento, el mismo que cientos de veces en la última hora a intentado enfocar con la suficiente valentía como para que no hubiese ningún problema... pero, cuando se coloca delante del timbre, tal como había pensado que iba a ocurrir, su mente se vuelve en blanco y adquiere rápidamente un ademán de pelele. No sabe como reaccionar a pesar de que todo era muy sencillo, demasiado sencillo dice él en voz baja. Llamas, te presentas y acude tu querida chiquilla, y cuando ella aparece lentamente y vuelves a ver aquel semblante en el que dentro de sus venas corre parte de tu sangre, te desmayas por la tensión, ¡No, por Dios!, Eso nunca podría entrar en un guión. Cuando acude la sangre de tu sangre, la carne de tu carne os miraréis tiernamente y, vuelves a quedarte en blanco y a pesar de que es la última posibilidad para decirle cuánto la quieres y lo mucho que la echas de menos, no le dices nada. Para el resto de su vida quedara la imagen de su pobre padre incapaz de pedir perdón, el mismo padre que un día fue incapaz de dar una explicación del por que no quiso volver a saber nada de la sangre de su

sangre, de la carne de su carne, de su chiquilla preferida... No lo comprende, Marcel es incapaz de sentirse la víctima por algo que ha cometido. Significa engañarse, tal vez, pero bastaría con cerrar los ojos durante un momento. Marcel llama a la puerta e inmediatamente esconde las manos en los bolsillos de la chaqueta para secarse el sudor con la entretela de los bolsillos. Segundos después la gruesa hoja de madera cede poco a poco, y como si de un alumbramiento se tratase aparece lentamente el cuerpo de su chiquilla. Ella queda petrificada, sin reaccionar, de hecho no abre del todo la puerta. Mira fijamente a los ojos de su padre, que enrojecidos comienzan a llorar. Su única reacción es taparse la boca. Marcel, curtido en millones de situaciones previas a esta trata de no recordar que aquel ademán que está realizando su hija puede significar que se tapa la boca para no echarle encima todo el sufrimiento, para no convertir su aliento en desmedido amasijo de insultos, y que ahora cierra los ojos para no ver al culpable de todo pecado caído sobre su familia, para no ver en lo que se ha convertido su padre y sobre todo, para no volver a verlo. Ella no ha cambiado en veinte años, es más hermosa si cabe, si hubiera que poner algún pero. Al tener la mano en la boca los sollozos se convierten en lamentos, y estos se vuelven quejidos cuando alguna lágrima se cuele entre sus finos dedos. Marcel trata de reaccionar, pero se siente incapaz de al menos, intentar arreglar tanto destrozo como esta visión le está demostrando que ha causado. Se siente tan culpable... La escena se oscurece cuando a ella le flaquean las piernas y su cuerpo se tambalea, apoyándose en el marco de la puerta para ir resbalando lánguidamente y quedar postrada de rodillas en el suelo. El disgusto no le disminuye, acaso en esa situación de súplica aumenta el desánimo y el encogimiento. Marcel se siente tan destrozado que reacciona acercando sus brazos para levantarla del suelo, ella al sentir el apoyo del progenitor que la había olvidado, rechaza la ayuda golpeando con furia a su padre, incluso después de que él desistiera del intento y retrocediera unos metros. Los ataques de la chiquilla golpeaban el vacío que les separa, pero actúan con el mismo fin al golpear en el lejano corazón de Marcel, que se siente tan frustrado que incluso se avergüenza de no poder acercarse por cobardía para que su hija golpee merecidamente en la propia carne de la infamia. Fracasado como persona y reprimido como padre, por su sinrazón a la que no encuentra un motivo para haberla comenzado, huye del agravio habiendo sido incapaz de pronunciar palabra a la misma hija que veinte años antes había dejado abandonada. Marcha rápido, despavorido, atormentado. Y ella queda destrozada en el mismo ademán de ruego, ahora pensaría Marcel para que él mismo marchara y no tan sólo de delante de ella...

...segundos después la gruesa hoja de madera cede poco a poco, y como si de un alumbramiento se tratase aparece lentamente el cuerpo de mujer, una niña de unos treinta años. Ella mira cariacontecida, y al preguntarle "si desea algo", cualquier persona, una en concreto reprimida, fracasada y sobre todo cobarde, le responde que se ha equivocado,

huyendo en silencio, atormentadamente...

...Marcel vuelve a depositar la fotografía dentro del roído sobre y lo deja reposar sobre su pecho, suspira profundamente y antes de cerrar sus agotados ojos, reza para volver a soñar en que mañana volverá a intentarlo.